

¿QUIENES DEBEN HACER LOS GUIONES CINEMATOGRAFICOS?

Dirigida a nuestro colaborador don Marino Gómez-Santos, y con el ruego de su publicación en las páginas de PUEBLO, don Manuel Tamayo Castro envía la siguiente carta:

Señor don Marino Gómez-Santos. Diario PUEBLO. Madrid. Muy señor mío: Ante todo voy a presentarme. Mi nombre: Manuel Tamayo Castro. Profesión: Autor-guionista.

Pues verá... Yo leo PUEBLO todas las noches, porque me agrada su información, su tono social, sus variadas secciones y sus reportajes cara al público, y, claro está, le leo a usted, asiduo colaborador de tan simpático diario.

Sinceramente le confieso que admiro la agilidad de su pluma, la ecuanimidad de sus juicios, el colorido con que adorna sus «pequeñas historias de grandes personajes» y la sagacidad de las preguntas que dirige a sus biografiados.

Por eso mi sorpresa ha sido grande al ver que en el reportaje número 3 de «Cesáreo González cuenta su vida» abandona usted su peculiar estilo para formular la siguiente pregunta, un tanto caprichosa e inexacta en sus afirmaciones:

«¿Por qué no se encargan los guiones de cine a los escritores que sobresalen, los que tienen ya nombre y pueden ofrecer garantía, en vez de encomendárselos a gentes anónimas, que, en general, son fracasados de otras profesiones o estudiantes que no han podido terminar la carrera?»

Vamos a ver. ¿Usted cree que sobresalen, que tienen ya nombre y que pueden ofrecer garantía, Sánchez Silva, Berlanga, Escrivá, Coello, Bardem, Romero Marchent, G. Herranz, Abad Ojuel, Fernández Ardavin, Mur-Oti, López Rubio, Coll, Jordán, Colina, Mas-Quindal, Salvá, Arozamena, Guzmán Merino, Blanco, Lucena, Gallardo...? ¿Sí? Pues todos ellos y otros muchos prestigiosos y entrañables compañeros, que no cito por no hacer interminable esta relación, están debidamente pensados como autores-guionistas en el Subgrupo de Técnicos de la Sección de Cinematografía del Sindicato Nacional del Espectáculo (al que me honro en pertenecer con el número 41), y a ellos, precisamente, es a quienes las productoras encargan sus guiones o se los compran si los escriben sin previo encargo.

No son gentes anónimas. Ignoro, eso sí, si fracasaron en otras actividades o si tienen sus carreras truncadas. No obstante, si le interesa, podría hacerle una lista con estos datos suplementarios. Lo que sí puedo asegurarle es que todos han practicado limpiamente la literatura en alguna de sus modalidades: teatro, novela, cuento, crítica, ensayo, periodismo, radio, poesía... y que además, como componentes del mencionado Subgrupo, han visto estrenadas, con guiones suyos, dos películas de largo metraje por lo menos.

No le niego que otros muchos escritores famosos no escriben para el cine. ¿Y sabe usted por qué? Porque no «valen».

Espero que nadie se moleste por esta afirmación. El cine, como cualquier otro género literario, requiere sus «especialistas». Por eso muchos guionistas tampoco «valen» para el teatro o para la novela.

¿Que unos u otros pueden cambiar de campo? Estoy de acuerdo, pero no es lo natural. El comediógrafo famoso no suele pasarse a la novela ni el novelista consagrado cambia su género para dedicarse al arte dramático. Y es que, a base de machacar sobre lo mismo, se puede llegar a algo.

Ahora bien: ¿usted quiere que otros escritores que sobresalen vengán al cine? Que vengán. Los esperamos con los brazos abiertos. Pero que no crean que vamos a lanzar las campanas al vuelo ante sus nombres famosos si no aportan, además de su ingenio, una sólida preparación cinematográfica.

En realidad, amigo Gómez-Santos, ya han llegado muchos. Desde el año 1939 hasta el día de hoy se han llevado a la pantalla innumerables novelas y comedias de los más prestigiosos autores de ambos géneros, eso sí, adaptadas por guionistas profesionales. De esta importante colaboración resulta que la aportación al cine de los profesionales de las tres disciplinas literarias, comparada con la aportación de las «gentes anónimas», arroja, aproximadamente, un 90 por 100 de profesionalidad.

Es posible que algunas productoras adquieran sus trabajos a estas «gentes anónimas», si es que ven valores cinematográficos en sus escritos; pero me extraña mucho que haya quien, deliberadamente, encargue guiones a no profesionales, y menos si se trata de «fracasados de otras profesiones o estudiantes con carreras incompletas».

En el primer caso, todavía... De un médico fracasado puede salir un buen pintor, y de un arquitecto medianejo, un excelente campeón de billar. ¡Nadie sabe cuál es exactamente su destino! Pero en el segundo caso...

Supongo que esos «estudiantes con carreras incompletas» que usted cita no las tendrán sin acabar por «brutos», pues los productores que les confíen sus guiones serían unos suicidas. Si las tienen incompletas por gusto, la cosa cambia. Y si no las han acabado por falta de medios o por la necesidad de enfrentarse con la vida rápidamente, ¿no le parece un poco cruel rechazarlos? Piense usted, señor Gómez-Santos, que el arte está lleno de autodidactas, y que muchos de éstos han prestigiado tanto nuestra literatura como los que — más afortunados— pudieron colgar en su despacho un diploma universitario, por lo regular de una carrera que nunca ejercieron.

Total: que, francamente, no sé de dónde ha podido usted sacar esta opinión tan desfavorable de la literatura del cine. Yo le conozco, amigo Gómez-Santos, a que dedique uno de sus interesantes reportajes a un grupo de guionistas. Y digo a un grupo, porque los guionistas, como nos pasamos la vida llenando cuartillas, tenemos unas biografías muy pequeñas. Juntos, animados por el común deseo de sacar del anonimato a nuestra desconocida profesión, y dirigidos por usted —maestro de estas encuestas—, es posible que dijésemos cosas muy sabrosas que sirvieran para fijar exactamente nuestra posición en el cine y nuestra participación en los éxitos o en los fracasos de las películas nacionales.

No ando tampoco muy de acuerdo con lo que Cesáreo González contesta a su pregunta. Es posible que algunas productoras advenedizas queieran economizar gastos; pero las casas de «soleira», como la que regenta Cesáreo, no solamente pagan bien y con formalidad, sino que dan al escritor un margen de tiempo suficiente para realizar su trabajo. Prisas las hay en el cine siempre, pero son soportables. Yo le aseguro, por propia experiencia, que cada día se corre menos en la cuestión de los guiones, porque los productores están en el secreto de que sin un guión meditado no hay película posible. Que haya casos aislados de economías y de prisas no quiere decir que sea una norma general.

Desde luego, si nos pagasen más y nos diesen más tiempo, como propone Cesáreo, sería muchísimo mejor. Yo le agradezco la iniciativa, pero me temo, honradamente, que ese sistema a la americana diese buenos resultados en España. Aquí todo se hace a base de improvisación, de chispa de ingenio, de velocidad. Nos aburre la monotonía. Estoy seguro de que si un guionista español se viera al comenzar el año con doce meses por delante para entregar su trabajo y un buen fajito de billetes en el bolsillo, no escribiría una sola línea hasta los últimos quince días de diciembre. Lo mismo que si usted, amigo Gómez-Santos, dispusiera de cuatro o cinco meses para pensar un reportaje, no lo entregaría hasta el momento justo de cerrar la edición del periódico. Cuestión de temperamento, ¿no le parece?

Y vamos con el último párrafo de los tres que me han incitado a escribirle esta carta.

Dice así: «Pero hasta ahora los guiones se han escrito en los cafés, como quien juega al dominó, como quien escribe cartas a la familia. Por eso han resultado que son literatura menor, de café con leche. Literatura de café de barrio escrita con lápiz.»

Extraña definición, amigo Gómez-Santos, porque verá...

Los sesenta y pico de guiones que llevo escritos y estrenados los he escrito en mi casa. En primer lugar, porque se está más cómodo, y en segundo lugar, porque apenas quedan cafés. Además, ahora se estila más la cafetería, y a mí me pone malo el olor de la mantequilla...

Juego muy mal al dominó—que es juego de taberna más que de café—y no me gusta mezclar la literatura con el «chamelo», porque luego, en los diálogos, siempre se habla del seis doble.

Resulta difícilísimo escribir guiones como quien escribe cartas a la familia, porque todos los asuntos empezarian diciendo: «Querido primo Pepe.» Y, además, Pepe no aguantaría los doscientos o trescientos folios que hay que llenar en un guión.

Vamos a hablar en serio, amigo Gómez-Santos. Ni yo ni ninguno de mis compañeros escribimos en la forma que usted dice. La realidad es que nos hemos pasado los mejores años de nuestra

vida encerrados ante la mesa de trabajo. Yo solo, o con Coll, o con Mur-Oti, o con Echeagaray (q. e. p. d.), he rellenado aproximadamente mil cuartillas... He discutido con ellos argumentos, situaciones y diálogos hasta altas horas de la noche... Por falta de tiempo, hemos abandonado nuestras aficiones al fútbol, a los toros, al boqueo... Se nos está marchando la vida entre P. P., P. G., Travellings, panorámicas y zarandajas de esas... Hemos llenado centenares de ceniceros con colillas rubias y negras, según los gustos... Nos hemos saturado de café hasta escuchar las más violentas protestas de nuestros respectivos hígados... Hemos puesto en nuestra profesión muchas ilusiones, mucho interés y mucha masa gris... Hemos engordado por no hacer ejercicio, y se nos ha caído el pelo pensando temas nuevos, leyendo vorazmente todo lo publicado y viendo, al correr de los años, millones de metros de película...

Ellos, yo y los ciento y pico censados en el Subgrupo de Técnicos del Sindicato hemos luchado como leones, y gracias a nuestro esfuerzo vive hoy el cine español.

Si, no se escandalice, amigo Gómez-Santos. Gracias a la literatura cinematográfica, que usted califica como «literatura menor, de café con leche, escrita con lápiz», se han levantado económicamente muchas productoras y han ascendido hasta el estrellato muchas chicas guapas y muchos apuestos galanes. El cine español, puesto a «españolear», ha levantado encendidos aplausos en el mundo entero, aplausos dedicados más a sus temas que a sus valores técnicos e interpretativos, no porque éstos carezcan de valor, sino porque lo que prende en el público es el argumento, el espíritu, la enseñanza, la situación brillante, el diálogo justo, el chiste oportuno...

De verdad, amigo Gómez-Santos, ese párrafo contra los escritores del cine no lo debí escribir. Los guionistas, escritores como usted, somos sus compañeros, sus amigos, y nos duele que tan impremeditadamente nos haya pintado ante la opinión pública pequeños, despreciables, vulgares, localistas.

Yo no le habría escrito nunca esta carta, porque no soy polemista; pero es que precisamente lei sus manifestaciones en PUEBLO cuando acababan de enseñarme un enorme y exótico cartel en el que, con ininteligibles caracteres japoneses, se anunciaba el estreno en un cine de Tokio de una película mía, modesta, pero honrada. Y, claro, me dolió que en casa se tire por tierra lo que se ensalza por esos mundos.

Le saluda atentamente. — Manuel Tamayo Castro.

Nos merece la más cordial simpatía la actitud del señor Tamayo Castro. Responde a una defensa de su profesión, realizada con entusiasmo hábiles argumentos y un tono que denota su alto concepto del diálogo. Estamos seguros de que así lo estimarán nuestros lectores, haciéndoles comprender y aceptar el motivo de que les ofrezcamos un texto tan extenso.

Quienes nos hallamos habituados al estilo y a las reacciones de Marino Gómez-Santos conocemos la influencia literaria que de sus preocupaciones, y de qué modo están implícitas en cuanto escribe. Acaso exagere alguna que otra vez al apremiar con preguntas «feroces» o capciosas a sus entrevistados. Esto no disminuye el mérito de sus «pequeñas biografías», sino que las dota de un interés tanto mayor cuanto más ágil, ingeniosa o equilibrada es la respuesta.

La vehemente curiosidad de Gómez-Santos respecto a la filiación literaria de nuestras películas nos parece aceptable, en el fondo, aun reconociendo que otro escritor menos tajante e impaciente hubiese empleado distintos matices al manifestarlas. Porque la verdad—y lo confesamos con pesadumbre—es que, pese a los agotadores esfuerzos del señor Tamayo Castro y sus colegas, el cine español no ostenta todavía en la producción universal y considerado en conjunto, una calidad satisfactoria; un rango congruente con el sacrificio de nuestros guionistas profesionales.